tivas vecinas y se transformaron, a su vez, a imagen de la Unión de Cooperativas de París en federaciones de cooperativas. Cuando estas sociedades fueron bien administradas y, sobre todo, cuando no tuvieron que luchar en su región contra las grandes firmas capitalistas, alcanzaron rápidamente un desarrollo comercial importante. Fué así com la Unión de Cooperativas de Lorraine sobrepasó en 1925, por la cifra de negocios realizados, a la Unión de Cooperativas de París.

Desde el punto de vista técnico es indudable que esta orientación comercial de las coopetativas era indispensable para que pudieran competir con el comercio capitalista. La forma comercial antigua de las pequeñas cooperativas no permitía la competencia con las firmas capitalistas de alimentación. Lo mismo que un detallista no puede competir con una gran firma, por competente y activo que sea, o un pequeño mercero no puede enfrentársele a almancenes gigantescos, de la misma manera, ninguna pequeña cooperativa aislada puede competir con una firma capitalista de sucursales múltiples.

Es bueno hacer notar que el desarrollo de estas grandes centrales capitalistas se han acrecentado después de la guerra y no hay ahora en Francia ni un pequeño pueblo de provincia que no tenga una sucursal, de Potin, de Damoy, de Almacenes Unidos, de Mujeres de Francia o de grandes otras firmas del mismo género.

III

CONSECUENCIAS MORALES

Si desde el punto de vista técnico esta transformación del movimiento cooperativo era indispensable, conviene mencionar los resultados obtenidos desde el punto de vista social. Si los mismos obreros tuvieron confianza para administrar las pequeñas cooperativas, les faltó valor, por el contrario, para dirigir las grandes sociedades de alimentación en que se transformaban las cooperativas de fusión. Esa confianza la depositaron en antiguos comerciantes, en pequeños burgueses o en buenos oradores, en cuyas manos pusieron las uniones de cooperativas. Tales señores, para escapar al control de los trabajadores, establecieron estatutos o reglamentos interiores que no dejaban a los militantes obreros cooperativistas más que el detecho de ocuparse de la propaganda y de obras de solidaridad, y entanto que en el pasado cada semana, cuando no cada tarde, los militantes obreros acudían a las cooperativas a inquirir las dificultades encontradas para hacer vivir su obra común, los dirigentes tomaron disposiciones para que los militantes cooperativistas no pudieran intervenir más que una vez
por año, en las asambleas generales. Aun este
control molesta de tal manera a ciertos dirigentes de cooperativas que hay ya ejemplos de sociedades donde, violando hasta la ley, se ha
suprimido esta asamblea anual para transferirla al año siguiente.

Como, por otra parte, las grandes cooperativas de fusión agruparon sociedades por decenas de millares de asociados, las asambleas generales eran precedidas de asambleas por secciones. Este medio permitía dividir a los militantes y evitar, así, la participación y la protesta de los cooperativistas descontentos. Pero pareciéndoles poco, bajo pretexto de asegurar el quórum los administradores obtenían de cada asociado poderes en blanco que no solamente usaban con ese fin, sino también para dejar en minoría a los asistentes a las asambleas generales de las secciones. Frecuentemente se veían reuniones de cincuenta o cien asambleístas, en las que dos o tres amigos del Consejo de Administración, portadores de poderes (cuya mayor parte había sido recogida por los gerentes de las sucursales que percibían a este respecto una prima por cada poder), imponían su voluntad a la casi totalidad de la asamblea. En esta forma, un puñado de dirigentes y empleados se aseguraba la dirección absoluta de las cooperativas de sucursales múltiples. En tanto que en el pasado todas las pequeñas cooperativas habían sido constituídas para apoyar a los trabajadores en sus reivindicaciones y en la lucha contra el capital, gracias a los procedimientos en uso en las grandes cooperativas los dirigentes las encauzaron por el camino de la colaboración con el gobierno y aún con algunas firmas capitalistas retirando todo apoyo al proletariado y a las organizaciones obreras.

X

IV

LA TEORIA COOPERATIVISTA

Sin embargo, la clase obrera continua siendo la clientela sobre la cual han tenido necesidad de apoyarse los dirigentes cooperativistas